

Un libro para leer

El caldero de Camus

(sobre *La peste*, de Albert Camus)

Autor:

Felix Miguel García. Médico de familia. Instituto de Información Sanitaria, Ministerio de Sanidad y Política Social

Para contactar:

rpcsc@yahoo.es

Ha de perdonarme el lector de estas líneas mi atrevimiento por hablar de lo que no sé, pero un soneto me manda hacer Violante, y ya. A pesar de la complejidad y polisemia de las intervenciones comunitarias, parece que los tiempos las encaminan hacia derroteros multisectoriales, apolíticos e ideológicamente neutros, es decir, profesionales. Pero he aquí que se trata de un imposible. No porque quien ahora nos entretiene, Camus y su Peste, viviera inmerso en el intenso debate, primero, de la ocupación alemana de Francia (asunto metafórico de La peste, se dice), luego de los bloques americano y soviético y, finalmente, de la guerra de liberación de Argelia, su patria, sino porque la pretendida despolitización y neutralidad de las perspectivas comunitarias no es más que una aceptación de lo que hay, y ésta ya es una postura de parte. (Entiéndase que con «política» no nos referimos a los partidos, que son únicamente la forma hegemónica de entender la política en nuestro tiempo.) Habrá ocasión, o no, de introducirse por estos derroteros, pero hemos de centrarnos ahora en La peste y olvidar, siquiera para empezar, el Camus de El hombre rebelde, punto álgido de su vida intelectual.

La vida

Admirar, o simplemente mirar, una vida es más fácil que juzgarla. Las biografías de Voltaire, Rimbaud, Proust, Genet o Foucault, por citar franceses, inclinan, con independencia de concreciones, a la reflexión, simpatía e interés por las vicisitudes y situaciones vividas. Sin embargo, he de confesar que la vida de Camus, de un interés objetivo debido a la época que le tocó vivir y sus dilemas, me ha resultado frustrante y toda la energía que una vida narrada desprende se ve dominada, en mi caso, por una continua necesidad de juzgar al personaje. Se me aparece como un ser con una disociación entre su pensamiento y su vida real, aunque no entre su pensamiento y su vida-máscara. Incluso podría decirse que su pensamiento también admite el disfraz y no se sabe a ciencia cierta si trata de justificar su básica indolencia pequeñoburguesa («nostalgia de la nobleza, deseo de grandeza», afirmó su maestro Grenier), o puede servir

de base para argumentos libertarios o liberales. Obsérvese la amplitud del espectro.

De origen humilde, que ocultó durante un tiempo, vivió su infancia (nace en 1913) y juventud en Argel, propiedad francesa por entonces, donde una carambola del destino y el apoyo de su tío le permitieron estudiar, en lugar de seguir el camino trazado del trabajo precoz. Fútbol, teatro y filosofía fueron sus ocupaciones juveniles hasta que enfermó de tisis, tratada entonces con neumotórax y largos períodos de reposo, que hubo de repetir a lo largo de su vida. Periodista a su pesar, colaboró en los pasos iniciales del diario argelino de izquierda *Argel Republicaine* de la mano de Pascal Pia, quien también le ayudó en su salto a París. Impecable, seductor, pronto se convirtió en el líder natural de un grupo de teatro aficionado que montó dignas versiones propias y ajenas, como *La Celestina*. Casó pronto, a los veintiuno, con la despampanante y acomodada Simone Hie, de la que se separó unos años después para casarse con la oranesa Francine Fauré, con la que tuvo mellizos. María Casares fue una de sus amantes persistentes, ya en los tiempos de París.

Si todo francés fue miembro de la Resistencia, no podía haberlo sido menos Camus. Aunque su participación real en grupos de acción es dudosa, sí convivió con gente activa, colaboró en *Combat*, un periódico que pronto dejó de ser clandestino, y recibió la medalla oficial correspondiente. Su firma durante la ocupación de una petición en contra de la pena de muerte a un colaboracionista contrasta con su desmedido celo en pedir la depuración de estos mismos colaboracionistas una vez fue liberado París. Tal hecho no impidió que en años posteriores su santo y seña fuera la defensa de los condenados a muerte en cualquier lugar y régimen, incluso ante penas de muerte por crímenes políticos. Hasta tal punto que esta inflexibilidad fue un escollo que contribuyó a impedir la cristalización de un intento de crear una corriente de opinión, apoyada por la *crème* de la intelectualidad europea, en defensa de una Europa neutral ante la dicotomía de la Guerra

ADMIRAR, O SIMPLEMENTE MIRAR, UNA VIDA ES MÁS FÁCIL QUE JUZGARLA



Fría. Empleado privilegiado de Gallimard (lector) a través de su amiga Janine, la mujer de Michel, con el que intimó, vivió de lleno la borrachera (literal y en plural) que se apoderó del París postocupado de Saint Germain-des-Pres, con Sartre y toda su cohorte como compañeros de camino. El éxito de sus novelas y artículos periodísticos le llegó rápido; antes de los cuarenta años hizo giras oficiales por Estados Unidos y Latinoamérica, donde fue recibido como héroe, y más tarde por Italia. De esa época datan tres enfrentamientos singulares: con Bourdet, el codirector de *Combat*; con Pascal Pia, su mentor de siempre, y con Sartre, compañero de juergas y, en cierto modo, de proyectos, la más sonada y la que más le afectó, tras un agrio rifirrafe en *Les Temps Modernes* a propósito de su libro *El hombre rebelde*. Adquiere entonces su vida, en su última década, otro cariz más íntimo, vulnerable y atractivo: el suicidio es una posibilidad, la tuberculosis se reactiva, su ámbito de relación, tras las rupturas, ha de cambiar, su mujer enferma en el orbe psíquico, la sequía de la escritura se hace presente. Es la época de su colaboración con los periódicos libertarios de Francia y de España, y también la de su extraña intervención en la guerra de liberación de Argelia, llamando, primero, equidistantemente a la tregua civil a ambos bandos y, después, manteniendo un clamoroso silencio. En ese contexto de inseguridad y sequía personal, apareció el Nobel de 1957. «Nos preguntamos si la Academia Sueca, creyendo distinguir a un joven escritor, no ha consagrado a una esclerosis precoz», se escribió. El teatro sirvió como refugio y su retirada a vivir al pueblo de Lourmarin (seiscientos habitantes) es indicativo de su situación. En el camino de Lourmarin a París, el 4 de enero de 1960, un accidente del coche que conducía Michel Gallimard acabó con la vida del copiloto Albert Camus.

El rostro de Camus

Hay personajes a los que les gusta aparecer en su imagen pública con el ceño fruncido, como

si todo el peso del mundo se colocara encima de su nariz, lugar que concentra y hace visible la responsabilidad y el compromiso con que el destino ha adornado sus vidas. En Camus, amaga ese gesto, aunque en su rostro domina una turbación primitiva que se impone a la máscara.

La peste

La historia que narra *La peste* es conocida. En una ciudad corriente empiezan a aparecer casos de peste. Progresivamente, con el fin de evitar la propagación, se van tomando medidas cada vez más limitantes, incluidas cuarentenas o el cierre de la ciudad. Este escenario le sirve a Camus para describir las actitudes y comportamientos de varios personajes. Finalmente, como vino, la peste se fue.

Leyendo los fragmentos del diario que ha seleccionado Lottman en su biografía, es obligado mantener aún un paréntesis en el apresurado juicio que son estas notas centradas en *La peste*. Pues la fuerza y la belleza de sus anotaciones sobrepasan con mucho la prosa más bien convencional y el enfoque metafórico y, en cierto modo, trivial de esta novela. Los libros con personajes y situaciones-tipo con pretensión holística y simbólica suelen caer en el estereotipo plano. Un médico entregado en cuerpo y alma, un individualista finalmente generoso, un cura, el beneficiado, el estratega, etc.

Sobre la cooperación multidisciplinar

Al parecer ha de destacarse, en el contexto de *Comunidad*, lo que se refiere a las agrupaciones sanitarias que Tarrou promueve y que pretenden luchar contra la peste, pues se trata de un ejemplo de colaboración mutua desinteresada y, más que multidisciplinar, diversa, dada la procedencia y los principios de cada componente. Lo que casa poco con el tipo de colaboración comunitaria e interdisciplinar que parece que se reclama en nuestros días es, en el caso de *La peste*, su carácter necesario, es decir, la falta de otra alternativa. Así lo afirma Camus: «Los que se dedicaron a los equipos sanitarios no tuvieron gran mérito al hacerlo, pues sabían que era lo único que quedaba, y no decidirse a ello hubiera sido increíble». Bien es cierto que, entre los modelos de actitud ante la obiedad de la peste, existía también el de «ponerse de rodillas» o el de la simple claudicación. Pertenecer a los equipos de voluntarios era «una buena idea, pero no serviría para nada. La

BIEN ES CIERTO QUE, ENTRE LOS MODELOS DE ACTITUD ANTE LA OBIEDAD DE LA PESTE, EXISTÍA TAMBIÉN EL DE «PONERSE DE RODILLAS» O EL DE LA SIMPLE CLAUDICACIÓN

peste era demasiado fuerte», tal como afirma el prototipo de beneficiado de la situación, Cottard. El carácter heroico de estos voluntarios es desmentido por Camus, a pesar de reconocer que «arriesgaban la vida». Pues «Esto está bien; pero nadie felicita a un maestro por enseñar que dos y dos son cuatro. Se le felicita acaso por haber elegido tan bella profesión. Digamos pues que era loable que Tarrou y otros se hubieran decidido a demostrar que dos y dos son cuatro, en vez de lo contrario, pero digamos también que esta buena voluntad les era común con el maestro, con todos los que tienen un corazón semejante al del maestro y que para honor del hombre son más numerosos de lo que se cree; tal es al menos la convicción del narrador. Éste se da muy bien cuenta, por otra parte, de la objeción que pueden hacerle: esos hombres arriesgan la vida. Pero hay siempre un momento en la historia en el que quien se atreve a decir que dos y dos son cuatro está condenado a muerte. Bien lo sabe el maestro. Y la cuestión no es saber cuál será el castigo o la recompensa que aguarda a ese razonamiento. La cuestión es saber si dos y dos son o no cuatro. Aquellos de nuestros conciudadanos que arriesgaban entonces sus vidas tenían que decidir si estaban o no en la peste y si había o no que luchar contra ella». En efecto, según va pasando el tiempo, «ya no había destinos individuales, sino una historia colectiva que era la peste»; «la peste había quitado a todos la posibilidad de amor e incluso de amistad. Pues el amor exige un poco de porvenir y para nosotros no había más que instantes», etc.

En cualquier caso, todos los personajes-arquetipo colaboran como el que más, desde el cura al periodista escapista. Y además, como en las películas, el destino del impulsor de las agrupaciones sanitarias, Tarrou, será el de ser el último fallecido por peste una vez que la epidemia expió.

Sobre la felicidad y el dilema moral de la «madre de Camus»

Es fácil afirmar, cuando uno no ha estado en la tesitura de elegir de modo decisivo entre la felicidad o los principios, que se trata de un asunto éste no especialmente bien planteado por Camus. Pero si se recoge aquí es, aparte de por creer que los lectores de esta revista estarán interesados en el dilema planteado, por lo camusiano del mismo, aunque no por el interés de quien esto escribe. El conocido dilema de Camus «ninguna causa, aunque sea inocente y justa me separará jamás de mi madre, que es la causa más importante» se refleja en *La peste* en

la actitud que mantienen dos personajes encerrados en la ciudad y separados de sus mujeres. Rieux, el médico abnegado, que opta por el deber, y el periodista Rambert, que busca ante todo una salida personal huyendo mediante el pago de dinero a quienes controlan la salida.

«Entonces, ¿por qué no impide que marche? Usted tiene los medios para hacerlo», le dice Rambert a Rieux. «Rieux movió la cabeza con su gesto habitual y dijo que eso era cosa de Rambert, que había escogido la felicidad y que él no tenía argumentos que oponerle. Se sentía incapaz de juzgar lo que estaba bien y lo que estaba mal en este asunto.» Y más adelante: «“Doctor –dijo Rambert–, yo no me voy: quiero quedarme con ustedes.” [...] “¿Y ella?”, dijo Rieux con voz sorda. Rambert dijo que había reflexionado y seguía creyendo lo que siempre había creído, pero sabía que si se iba sentiría vergüenza. Esto le molestaría para gozar del amor de su mujer. Pero Rieux se enderezó y dijo con voz firme que eso era estúpido y que no era en modo alguno vergonzoso elegir la felicidad. “Sí –dijo Rambert–, pero puede uno tener vergüenza de ser el único feliz”». Al final, al remitir la peste, Rambert se reencuentra con su esposa mientras el sacrificado Rieux se encontrará con que su mujer ha fallecido.

Un dilema de la misma estirpe es el que Camus plasma en la narración *Los justos*, correlato del capítulo de *El hombre rebelde* «Los asesinos delicados». Kaliyev, en el momento de cometer el magnicidio meticulosamente preparado, se encuentra con que en la carroza del gran duque hay niños. Me recuerda a los ceñudos problemas que los bioéticos plantean en los talleres a sus desprevenidos, y en general resueltos, al menos hasta entonces, alumnos, sobre los terribles encontronazos cuando, en los supuestos planteados, colisionan varios principios deontológicos.

Para acabar con buen sabor

«Al atardecer, planea sobre las aguas silenciosas una plenitud angustiada. Se comprende entonces que, si los griegos concibieron la idea de la desesperación y de la tragedia, fuera siempre a través de la belleza y de lo que tiene de opresivo. Es una tragedia que culmina. Mientras que el espíritu moderno ha construido su desesperación a partir de la fealdad y de la mediocridad. [...] Para los griegos, la belleza está en el punto de partida. Para un europeo, es una meta, rara vez alcanzada. No soy moderno.»

PARA LOS GRIEGOS,
LA BELLEZA ESTÁ
EN EL PUNTO DE
PARTIDA. PARA UN
EUROPEO, ES UNA
META, RARA VEZ
ALCANZADA